



# ARTE POLÍTICO Y LEGITIMIDAD (EL *HOMO NOVUS* Y EL DISCURSO DE MARIO EN EL *JUGURTA* DE SALUSTIO)

ANTONIO HERMOSA ANDÚJAR

*Fecha de recepción: 01-01-2021*

*Fecha de aceptación: 01-01-2021*

---

**Resumen:** El autor comenta el discurso de Mario en el *Jugurta* de Salustio para analizar algunos hechos clave de la política romana y universal: la tensión entre la vieja aristocracia y el *homo novus*, la relación entre la política, la paz y la guerra. Todo ello confluye en las preguntas que guían el texto: ¿cuál es el mérito que otorga legitimidad y cuál es su límite? ¿Cuándo puede ser un arte la política y cuándo deja de serlo?

**Abstract:** *The author comments the speech of Marius from the Jugurthin of Sallust to analyze some key facts about the roman and universal politics: the tensión between old aristocracy and the homo novus, the relation between politics, war and peace. All of this meets in the questions that go through the text: what is the merit that legitimates something and what is its limit? When can politics be an art and when cease to be that?*

**Palabras clave:** Roma, política, homo novus, arte, guerra.

**Keywords:** Rome, politics, homo novus, art, war.

---

PRÓLOGO: LA NOVEDAD Y SU POLÍTICA. ¿Trae consigo alguna herencia, algún título el *Homo Novus* u “hombre salido de la nada”<sup>1</sup>? ¿A qué vocabulario pertenecerían las palabras que usa, en qué fuentes beberían al explicar el significado de sus acciones? ¿Y qué entenderá por poder si un día lo empuñare? Llegado ese día, ¿qué lecciones trataría de impartir con su ejercicio? ¿Y qué orden, qué dirección tomará la República?

El discurso de Mario ante sus electores, cuyo voto le ha hecho acceder al consulado para humillación de sus competidores de prosapia, aportará respuestas precisas a tales preguntas; no, cierto, de manera tan detallada y directa como Burke explicará a los suyos la real función del representante, sino a través de un rodeo en el que va pasando revista a su nobleza en relación con la de sus rivales, a las

---

<sup>1</sup> Citamos completa la frase original: “Comparate nunc, Quirites, cum illorum superbia me hominem novum”; cf. SALUSTIO, *Guerra de Jugurta*, 85.13 (la perífrasis corresponde al traductor, Bartolomé Segura Ramos).

características que la ciernen, a los argumentos teórico-prácticos que la legitiman y a los hechos político-militares en que se revela<sup>2</sup>.

El metro con el que el propio Mario traiza su perfil de hombre nuevo dista de asemejarse al que Salustio había fijado en otra parte del texto como característico de aquél, a saber, la primacía alcanzada por la riqueza frente a lo bueno y lo honesto<sup>3</sup>; y, por supuesto, la explicación de Salustio sobre su elección al consulado dista aún más de la ofrecida sobre la de Cicerón en su otra gran obra, tan mutilada como ésta, cifrada en la necesidad<sup>4</sup>. Sería el poder de esta hechicera el agente del cambio que, casi de la noche a la mañana, se operó en la perspectiva de la antigua nobleza contra el nombramiento del arpinate como cónsul, por cuanto el peligro inherente a la conjura de Catilina allanó su arrogancia y dispó su recelo, los prejuicios con que obstaculizaban dicha elección.

Dedicaremos las páginas siguientes a exponer por extenso las ideas recién anticipadas.

LA AMBIGÜEDAD DE LA POLÍTICA (O LA POLÍTICA COMO ARTE). La zozobra ante la incertidumbre de la elección debió dejar huella en el ánimo de Mario, pues nada más confirmarse ya era posible medir el tamaño de su ambición; la prueba es la irrupción inmediata de su vanidad, que armada de la espada de la soberbia inicia una cruzada sin cuartel contra la antigua nobleza, traspasando unas veces el corazón de sus miembros singularmente considerados y combatiendo otras a la entera clase, dejándoles apenas el tiempo de relamerse las heridas de la humillación.

La ofensa se propagó al centrar sus prioridades en la guerra –luego veremos por qué–, para la que hizo todos los preparativos necesarios con un doble e inesperado éxito, pues ni se topa con obstáculos en la voluntad de los adversarios ni, menos, en la de quienes supuestamente no la querían: aquéllos –esto es, el Senado– creen que éstos –la plebe– acabarán volviéndose contra él, mas no fue así, y la retórica de la victoria y del botín subsiguiente demostraron su natural capacidad persuasiva en la mente y el alma plebeyas.

Ahora bien, la elección de Mario no tenía por objetivo facilitar el curso de su odio a la nobleza, sino la dirección de la política romana, y la guerra era parte consustancial. A ello se debe que al convocar a la asamblea popular a fin de informarle sobre ésta iniciara su discurso revelando su concepción de aquélla.

Y lo primero que aprendemos es que si bien la doblez, el fraude, la mentira, la vileza o la pusilanimidad forman parte del ejercicio de la política, la posible ambigüedad que a partir de aquí la caracteriza no se debe a que tales propiedades conformen su naturaleza, sino en todo caso la de los malos políticos, aun si son mayoría. Hay otros sin embargo, remacha ufano, que se glorían con razón de la autenticidad, la firmeza, la coherencia y aun la honradez con que imprimen su sesgo personal a la acción política. Si aspiran al poder no es para condecorar su biografía con una medalla más que amontonar en la prosapia familiar; si lo hacen con diligencia, humildad o moderación no es para renunciar a ellas apenas obtenido y mostrar la pereza, la arrogancia o el abuso que tales máscaras encubrían; si el fin es obtener un cargo no es para confundir con él, sea cual fuere, la entera república, pues a un todo así no lo representa parte alguna. Así pues, lo primero que aprendemos es que el principio que informa a la política, tanto en su teoría como en su práctica, es el de la

<sup>2</sup> Nuestro estudio versará exclusivamente sobre dicho discurso, no sobre las acciones militares que tanto darían que hablar, para bien y para mal.

<sup>3</sup> “...novi atque nobiles, quibus divitiae bono honestoque potiores erant”, 8.1.

<sup>4</sup> *Conjuración de Catilina*, 23.4-6.

integridad en la gestión de la cosa pública, que cabe en ella más allá de la presencia de honores e intereses personales, con frecuencia el orgulloso legado de una casta que no duda, llegado el caso, en contraponerse a los de la generalidad de la población.

Empero, no sólo de autenticidad vive la política, y la facticia ambigüedad hasta aquí constatada –esa amalgama de contrarios que a menudo se repite en uniforme secuencia temporal y lleva a confundir apariencia y realidad–, quizá no constituya el único secreto a desvelar en su naturaleza. Prosigue Mario:

A mí no se me escapa qué vasta empresa me echo encima con este gran favor vuestro. Organizar una guerra al tiempo que se respeta el erario, forzar al servicio militar a gente a la que no quieres tratar mal, encargarse uno de todo puertas adentro y en el exterior, y llevar a cabo estas tareas en medio de envidiosos, obstruccionistas e intrigantes es, romanos, más desagradable de lo que se cree<sup>5</sup>.

El gestor de la cosa pública que se toma en serio su trabajo se encuentra ahí en medio de un gran dilema. Ahora las dificultades no residen en el acceso al poder, en cómo hacer antes de usarlo a fin de aparecer como no se es y luego hacer lo que se quiera o pueda sin más, anteponiendo siempre las florituras del interés personal o del de casta al mayoritario; ahora aparecen durante su ejercicio, si bien no –insistimos– para ilustrar las cabriolas que el arbitrio impone al poder bajo la presión de los intereses sectarios, sino porque la política presenta en su total desnudez el ámbito que comprende, las relaciones entre Estado y sociedad en su conjunto, y el drama que ahí anida: la multitud de intereses que es menester conciliar para dar con un interés mayoritario o común en grado de ser llamado interés *de Roma*.

De tan colosal empresa Mario<sup>6</sup>, en su discurso, ofrece los enigmas que la estructuran, mas no el orden institucional que los encauce hasta las decisiones personales que, barajando los tiempos y distribuyéndolas en hechos, destilen medidas con que conjurar problemas que con mayor o menor *paciencia* esperan resolución; la cual, por adecuada que sea, nunca será definitiva, dado que los intereses y las necesidades por satisfacer se renuevan con las circunstancias o, si se prefiere, con la vida.

Reducida a su osamenta, los elementos que configuran la cuestión política en ese preciso momento del devenir romano son una masa de electores, un gobernante que personifica su preferencia y el fin para el que lo nombran. Dónde se incrustan ahí los enigmas no se advierte a simple vista, pero los tres elementos portantes señalados se sostienen sobre redes claramente perceptibles, una institucional que les confiere legalidad y otra más inmaterial de deseos cuyo cumplimiento reforzará su legitimidad. La primera ha quedado activada con la elección de Mario. ¿Y la segunda?

Muchos de los peores demonios de la política yacen enterrados en las palabras recién citadas del cónsul, justo a partir del momento en que reconoce la dureza del encargo. De repente advertimos, por ejemplo, que la guerra, necesaria como es, requiere condiciones para llevarla a cabo, entre ellas contar con la aquiescencia del erario público; las dos instituciones se descubren urgidas a colaborar, y eso no brota de la naturaleza, sino que es fruto de decisiones políticas equilibradas entre quienes detentan fragmentariamente el poder político de la comunidad. Y otro tanto ocurre

<sup>5</sup> Neque me fallit, quantum cum maximo vestro beneficio negoti sustineam. Bellum parare simul et aerario parcere, cogere ad militiam eos quos nolis offendere, domi forisque omnia curare et ea agere inter invidios occursantis factiosos opinione, Quirites, asperius est (85.3).

<sup>6</sup> El propio Salustio tampoco colmaría esa laguna con un discurso a la manera polibiana, por ejemplo. En su exposición histórica conducente a la crisis de la república destaca cómo la correlación entre la grandeza de Roma y las cualidades morales de sus ciudadanos, pero el análisis de las instituciones quedaba fuera de la misma (*Conjuración de Catilina*, 6-9).

con la tropa; cuando el jefe mira de cerca a los soldados puede a veces saludarlos por su nombre; le eran conocidos antes de reclutarlos y gozaban de su afecto o de algún tipo de predilección. La política es, además, ingrata, pues el responsable de la actividad casi nunca obtiene ni el reconocimiento ni la aprobación que su personal quehacer merecen. Así pues, lo que de repente advertimos en la constatación de que la política exige para triunfar conciliar antagonismos es no sólo la existencia de una ambigüedad facticia debida al abuso que el arbitrio hace de ella, sino asimismo la de una ambigüedad inmanente al estar su dominio erizado de contradicciones que es menester subvertir conciliándolas –y de hacerlo sin aniquilarlas, cabría añadir– si ha de dar fruto. Dada la importancia del asunto, apliquémosle la lupa a su examen.

Si Mario hubiera podido saltar la urgencia de la guerra que acuciaba su discurso igual habría podido, acompañándose quizá con Polibio aun sin leerlo<sup>7</sup>, resucitar en Roma el discurso de Pericles en Atenas, ilustrando de este modo a sus conciudadanos en algo ya conocido por ellos, a saber: que la constitución romana dividía el poder y lo repartía en órganos, y que la libertad política de que gozaban dependía del equilibrio y la armonía entre los mismos. De ese modo habría aprovechado para recordarles que la guerra la hacían los cónsules, pero la financiaba el Senado, por lo que era una decisión de ambos. Lo perentorio del momento le llevó a iniciar su razonamiento en el fin sin pasar por los medios, mas no le permitió obviar la cooperación interorgánica en la decisión, manifiesta en el reconocimiento de que entablar una guerra es algo recto cuando se respeta el erario.

He ahí una prueba de su lealtad a la constitución, de la profesión de fe jurídica de un soldado que anhelando ser cónsul aspira a ser alguien en el juego político respetando sus reglas. En lugar de honrar a Lord Acton mostrando que el poder corrompe y aspirando en consecuencia a ampliar el suyo en detrimento del senatorial, resiste más acá de ese deseo respetando el equilibrio entre ambos, buscando su cooperación y demostrando así que el poder honra o puede honrar. El simple hecho de preservar el equilibrio en lugar de intentar romperlo en su favor revela en Mario a un político que pondera la simetría entre detentar la espada, es decir, el instrumento cuya posesión confiere la fuerza física de la comunidad, y administrar el dinero, es decir, el instrumento que abre sus posibilidades de acción; de un político concededor de sus límites y resuelto a mantenerse en ellos.

De hecho, no consideramos atrevido afirmar que el equilibrio de los poderes exhibido en su cooperación despliega una sabiduría técnica que es al mismo tiempo normativa, una sabiduría que se exhibe, por un lado, en la convicción de que la espada no es voluntad, esto es, en el aprecio por parte del Cónsul a unos conciudadanos a los que en ningún momento pensó en empobrecer u oprimir; y en la creencia por parte del Senado de que el dinero vale mucho pero no lo compra todo, que hay valores más allá de todo precio, como el de la libertad derivada del equilibrio constitucional o el de la seguridad que el pueblo romano obtendrá con su victoria en la guerra.

La ambigüedad jurídica resultante de la constatación de una necesaria cooperación de poderes que, sin embargo, en absoluto es natural o mecánica no es la única presente en las palabras de Mario anteriormente mencionadas. Más bien se completa con otros dos tipos de ambigüedad, resultante cada una de la argumentación expuesta en las dos tesis subsiguientes: la psicológico-moral y la socio-política. Vayamos a la primera de ellas.

La financiación de un combate sin arruinar a la sociedad no es la única batalla que la guerra ha de librar. A la guerra se va con soldados y seleccionarlos, cuando los

---

<sup>7</sup> No era lo suyo leer a los griegos ni imitar sus enseñanzas, repite en varias ocasiones a lo largo del mismo (*Guerra de Jugurta*, 85.12 y 85.25).

dados del azar no son lo decisivo, significa en determinados contextos una derrota afectiva para el general que selecciona. En la guerra, en efecto, se muere, y cuando cae alguien escogido por ti, por quien quizá sientas afecto o a quien prometiste, en pleno desafío al destino, una vida mejor, el trámite técnico del enrolamiento se mezcla con sentimientos y recuerdos, las promesas de ayer saben hoy a mentira, los afectos quizá devengan en acusaciones y la culpa no cese de clavar cuchillos en tu corazón. Al punto de que puedas sentirte incluso más culpable si te has vuelto tan duro, tan *realista*, como para neutralizar el dolor con el deber, y en la tranquilidad recién adquirida sientes el precio de la soledad. Por lo demás, en un momento así, un sarcasmo de lucidez bastaría para añadir una voluta más de amargura o desesperación al dolor cuando percibes que vives la muerte del soldado complaciéndote en la desigualdad que supone saber que el muerto es anónimo, que diferenciaste incluso sin querer entre los muertos por su relación contigo, pese a que, en el mejor de los casos, todos demostraron igual valentía defendiendo a la patria.

Causar daño, apresurar su muerte, a alguien contra tu voluntad por enviarlo a la guerra no sólo tiene esa dimensión subjetiva y el mal no cabe entero en el corazón del general, donde el deseo de gloria, riqueza o estatus del soldado, que le hicieron marchar quizá con alegría al frente, hasta podría deparar un inesperado lenitivo. El mal inmarcesible que semejante hecho saca a la luz está en otra parte, aunque en absoluto es ajeno al conjunto de los protagonistas. Hasta el presente hemos supuesto restricciones entre quienes Mario “no quiere[s] tratar mal”, dividiéndolos entre quienes gozan de su afecto o predilección y los que no; si ese fuera el sentido de la frase, en este punto nos encontraríamos con que el general se incline más por preservar su vida que la de la patria misma, que quizá habría gustado más dejar en manos de soldados anónimos. Ahora bien, si las restricciones son fruto de un error nuestro, y lo que le duele al general realmente es enviar a la guerra a uno solo, a cualquiera de sus conciudadanos puesto que no desea “tratar mal” a nadie, entonces lo que se demostraría es que el celebrado valor romano, la *pietas* con la que se anteponía la patria a la vida personal, la gloria de dar la propia vida en defensa de aquélla, o es un fantasma del pasado o ha sido un fantasma real siempre: tratar mal al soldado reclutado para la guerra es sin más reconocer que la vida personal cuenta más que la vida de las demás personas y que la vida colectiva de la patria.

Una consecuencia imprevista del razonamiento, que acentúa el mal inmarcesible aludido, se plasma en la tragedia que para una sociedad supondría no haber dado con una solución mayoritaria aceptable al problema de su seguridad, pues forzar a los ciudadanos a devenir en soldados para ir a la guerra cuando querrían quedarse en su hogar significa de hecho diferenciar entre medios y fines, entre la guerra como medio y la seguridad como fin. La política habría fracasado en el objetivo primario para el que fue creada, la seguridad, pues el deseo de bienestar y de paz tiene en principio, como enemigo nato, a la guerra; y cuando la necesidad los fuerza a cooperar, siendo la guerra un mal menor para obtener la seguridad, el precio es absoluto, puesto que no hay dinero con el que comprarle a la muerte una sola vida entre todas las pérdidas.

Y moralmente la historia no termina ahí. Dado que al “mal” de la guerra se va no sólo con la idea de defenderse, de protegerse de posibles conquistadores, etc., sino también con la idea de enriquecerse, de obtener un botín que recompense con celeridad los riesgos corridos y la incertidumbre padecida, así como la aureola de una gloria que en condiciones normales dispensaría al recién creado héroe con otros beneficios, difícil será que la guerra no cree sus propios profesionales que, aun con sus riesgos, la prefieran al trabajo diario, por lo general menos pródigo que aquélla para la mayoría de quienes en ella participan, etc. Y ese cambio de mentalidad, de valores,



no sólo es lo bastante poderoso como para enterrar los antiguos –aquellos que predominaban cuando aún se consideraba un mal “forzar” a los nuevos voluntarios a guerrear– en las fosas del pasado y de despreciarlos en el presente con la etiqueta de romanticismo; ese cambio de valores, añadimos, significará que el medio de la guerra se ha convertido en un fin en sí mismo aun si no crease a sus profesionales, sino simplemente por los resultados que produce regularmente entre los vencedores: el botín aumenta su bienestar como la victoria aumenta su gloria, y un envidiado prestigio social consagrará probablemente al nuevo héroe frente al antiguo ciudadano, además de enaltecerlo como modelo de patriota.

Llegado ese punto virtuoso involutivo, con el ejército convertido en instrumento para el ocio y el bienestar, la guerra mutada de defensiva a ofensiva y la fuerza devenida en tentación de imperio, la conciencia se habrá pasado al enemigo. En lo sucesivo, la guerra será institución; el enemigo, permanente; el valor, técnica; la gloria, profesión; la seguridad, apuesta; la patria, el ejército; el ejército, la constitución. El pasado será retórica y Roma, el juego que los generales y sus legiones jueguen con ella. La conclusión dice que, se rechace en cuanto mal o se acepte como bien, la guerra es el fracaso de la política en el campo para el que, dijimos, fue primeramente creada: el de la seguridad. Semejante ambigüedad, que empezó siendo de naturaleza psicológico-moral, ha terminado convirtiéndose en una paradoja política que delata el fracaso experimentado en su interior, cuando aspiraba a delimitar la correspondencia necesaria entre medios y fines ante el enigma de la seguridad.

Pasemos por tanto a la tercera clase de ambigüedad, la socio-política. La escena pública es ámbito de ingratitud. Alguien armado con toda su buena fe pronto padecerá una desilusión terrible, al punto que aprende sobre la marcha a ser no malo, como alguien dirá mucho después, y a buscarse otros salvavidas o puede decirse con las horas contadas. Incluso atendiendo con solicitud y prestancia a todos los deberes impuestos por el cargo; incluso si no se da tregua y hasta lleva a cabo trabajos de otros; incluso si lo hecho sale todo bien, si a lo que aspira es al aplauso general del público se topará sin falta con una recompensa sumamente decepcionante.

Quizá la misma decepción constituya una fuente de energía que le estimule a indagar las causas. Se sorprenderá entonces descubriendo que no se debe a la existencia de algún retablo nihilista en el interior del templo de la naturaleza humana, y ni siquiera a que esos que pasan junto a él son tan raros que al mirarlos bien descubre que gustan, piensan o sienten cada uno a su manera o, al menos de una distinta a la suya; no es eso, no es eso, se repetirá quizá. Hasta que la causa, que permanecía al paio, se tropiece con él: por detrás de aquéllos, aunque siempre por encima, se mueve una tupida red “de envidiosos, obstruccionistas e intrigantes” que se dedican al sabotaje del esfuerzo ajeno por deporte y, en determinadas circunstancias, por vocación (pronto se apercibirá de que él constituye una de esas circunstancias determinadas y enseguida veremos por qué).

El primer grupo, socialmente muy mayoritario, pese a las diferencias que pueda esgrimir y los ‘peros’ en que se puedan concretar, no dudará en valorar positivamente la labor del cónsul de turno –aun si fuera uno no elegido por él–, ni en mostrar su aquiescencia en tanto le demuestran gratitud, siempre y cuando obtenga su genérico parabién. El segundo lo negará de manera sistemática: objetivamente, porque ese es su oficio y se muestran rabiosamente celosos a la hora de ejercerlo; o subjetivamente, porque esa es su pasión, y en tal caso entramos en las circunstancias antedichas. En ambos casos el autor sometido a juicio por su labor acabaría siendo un réprobo, pero en el segundo, además, de oficio.

Y en ambas ramas del segundo grupo cabe observar algo más: no ya el drama de una sociedad segmentada por diferencias de opinión, de gusto, juicio, etc., que

también; o por principios o valores tan divergentes que apenas se logrará equilibrarlos en algún fin común, que también. Sino asimismo el drama de una sociedad desgarrada por intereses, que se reparten por una mala voluntad exteriorizada socialmente mediante pasiones como la envidia o el desprecio, o bien mediante tácticas como la intriga o el obstruccionismo, por cuya virtud valores como la confianza, sin la que no hay vida social posible, actitudes como la transparencia, que tanto favorecen una relación, o efectos como el acuerdo o la negociación pierden toda su razón de ser; intereses que abocan así al enfrentamiento entre las clases sociales o las fuerzas o personas que las representan. En tales circunstancias dar con una política en la que las diversas voluntades converjan e imprimirle una dirección única, tanto en el interior como en el exterior, acatada por todos a pesar de los disensos reconocidos, aparece como poco menos que irrealizable. La impresión se refuerza al descubrir un último espectáculo a la vista de todos: el de una sociedad que se desangra por sus prejuicios y que supone con su mera existencia una división irrecomponible mientras sobreviva alguna de las partes que la configuran. Lo percibiremos más en detalle analizando la legitimidad que Mario busca para sus acciones.

NOVEDAD Y TRADICIÓN. LA AUTOLEGITIMACIÓN DEL *HOMO NOVUS*. Ser elegido cónsul de acuerdo con los procedimientos constitucionales no sólo debería ser reconocido como un acto legal, sino igualmente como legítimo. Empero, no es así, o al menos no es de hecho aceptado como tal, por lo que la oposición entre facticidad y normatividad, y en el interior de ésta entre hábitos y leyes, estalla de inmediato en una guerra entre sus portavoces correspondientes, y con ello entre tradición y novedad, en la que quien encarna esta ha de recurrir a la fuerza para imponerse a quien encarna aquélla aun en un contexto plenamente legal.

Así, justo después de las palabras citadas de Mario sobre las tensiones inmanentes a la política –las ambigüedades tan profusamente analizadas por nosotros–, el general pasa directamente al ataque contra la nobleza de prosapia, el enemigo íntimo con el que Roma lucha contra sí misma. Apunta al corazón de los prejuicios por los que se eleva a único poder natural de la misma, si bien no directamente al principio, sino a través del rodeo de las ventajas sociales de que goza, por cuyo través entra en la escena pública blasonando su superioridad: la desigualdad que entraña, y que desdora a los dos sujetos políticos que osan hacerle frente: la plebe, que elige, y el cónsul elegido por ella (de ahí que Mario, en su ataque, defienda a ambos como si se tratara de uno).

Las ventajas que de inmediato saltan a la vista son dos: de un lado, la solidaridad castal que acude sin más en socorro del noble menesteroso, a cuya disposición pone los recursos de sus pares –dinero, ayudas, influencias, favores–, razón por la cual los errores le salen gratis; de otro, el poder ideológico que el recuerdo rescata de los hechos pasados al preservarlos en los registros de la memoria: los valores que dieron forma a la *Urbs* y las gestas que le dieron gloria a través de sus autores, los hechos que extendieron su fama por el orbe. Son los genes que la historia ponía a disposición de los nuevos vástagos de la vieja nobleza desde la cuna otorgándoles un poder con el que pretendían cimentar su supuesto derecho a seguir la estela de los antepasados en lo tocante al gobierno de la ciudad, aun cuando –recordaba Mario– sin repetir sus proezas. Paradójicamente, tales privilegios humanizaban a sus beneficiarios frente a quienes no los poseían, por cuanto les concedían el derecho a errar, o por mejor decir, el derecho a la irresponsabilidad, esto es, la capacidad de equivocarse al tomar decisiones sin que las acciones, sufragadas de inmediato con los recursos de la casta nobiliaria, devengasen intereses políticos.

En el polo opuesto se erguía la solitaria –mas sentida como amenazante– figura del *homo novus*, ese Mario que carece de aquella historia y no cuenta por ello con solidaridad castal natural ni con poderes ideológicos que neutralizaran al momento las consecuencias de sus errores; al contrario, la comisión de uno sólo le penalizaba con la deshumanización al no conocer el perdón de sus oponentes, sino en el mejor de los casos sólo de sus partidarios, lo cual redundaba en un mayor enconamiento de las relaciones entre ambos bandos. Mas esa figura, espléndida en su aislamiento, no estaba sola y compensaba con su orgullo cuanto la historia le negara al nacer en la cuna equivocada; tenía su altiva biografía junto a sí y ésta daba testimonio de valor e integridad, que aumentaban la gloria de la República y atraían las miradas plebeyas, y en la biografía dos gemas con las que deslumbrar a los advenedizos que lo hostigaban: la educación en “todos los esfuerzos y peligros” infundida por sus padres y la constancia que en coherencia con tales principios ha marcado su vida al punto de fijarla en ella como una costumbre<sup>8</sup>. Era por tanto el monumento construido al valor y la honradez con su vida lo que Mario frisaba a los herederos de una nobleza a la que los siglos en lugar de renovar envejecían; era ese nuevo Palamedes romano el que se rebelaba con ella frente a la acusación de los nuevos *Odiseos* de haberles robado el tesoro de su poder castal sobre Roma, una herencia que la lotería del nacimiento les había obsequiado sin más y que permanentemente deslustraban con sus deméritos<sup>9</sup>. El *homo novus*, en suma, no estaba solo y no salía de la nada: se había forjado por sí mismo unos valores que sí tenían tradición.

El procedimiento para auto-legitimarse contra los prejuicios que el paso del tiempo había arrancado a dicha lotería, y que ya constituían el nuevo y real ser de la antigua nobleza, terminaría poniendo las cosas en su lugar. El drama para sus miembros es la naturaleza homeopática del éxito alcanzado por el hijo de la novedad, que en un genuino alarde normativo se servirá de la misma materia prima que llevó a los patricios a su condición de *exempla* para transformar a sus descendientes, los vástagos de la tradición, en hijos bastardos.

Protegido por su orgullo de hombre valiente y honrado el noble forjado por una época sin memoria ve en los reyes del prejuicio –nacido de la oxidación del poder en tanto sustancia genética– a un rebaño desordenado y solidario de títeres sin brújula, cuyos balidos menudean entre retratos de los antepasados y lecturas: de sus hazañas cuanto del código militar de los griegos. Gobernantes por tanto sin formación adecuada dan forma a un mundo político al revés, al anteponer su acceso a los cargos públicos a la adquisición de los conocimientos necesarios para su ejercicio, escenificando esperpentos como el de requerir la ayuda en semejante tarea –ellos, que mandan– de algunos de los mandados por ellos, es decir, poniéndose al servicio de sus subordinados. Es cierto, añade, que su mente ágil y su lengua fácil les permite navegar entre las aguas de la retórica con naturalidad y ocultar en su pompa los vicios en los que se activan sus pasiones y con los que ahogan a la sociedad. El brillo de los discursos no basta empero para ocultar ante la vista de sus conciudadanos la cobardía que atesoran ni las infamias con las que embarran el prestigio del que se amamantan, el sacrificio de una existencia despilfarrada entre la frivolidad y el azar, el capricho y la

---

<sup>8</sup> 85.4-9.

<sup>9</sup> El Palamedes reconfigurado por Gorgias, a falta de la prueba material que apoye su inocencia respecto de la acusación de traición por un Odiseo en el que la astucia con la que le cualifica Homero ha devenido en perfidia, luego de haber demostrado que ni hubiera podido cometerla queriendo, ni hubiera querido pudiendo, también termina por ofrecer como garantía de la misma una vida inmaculada (la dignificada por un Solón o un Kant), toda ella guiada por el deber y consagrada a la patria, un valor incomparablemente superior al de la propia vida o cualquiera de los supuestos bienes materiales que la adornan (GORGIAS, *Defensa de Palamedes*, 20.21).



desidia: entre sacralidad anquilosada de la tradición y banquetes que iniciaban en el alba de su juventud y terminaban en el crepúsculo de su vejez, los dos puntos del horizonte por donde discurría una gran parte del ocaso de sus vidas<sup>10</sup>.

Frente a ellos, un Mario se sabe de antemano vencido en un certamen de discursos o en los juegos donde refuljan las palabras, luciérnagas esas a las que opondría la gravedad de los hechos para depreciarlas. A la política ha llegado tras labrar repetidamente en su cuerpo esas condecoraciones del valor que son las heridas, testigos imperecederos de un sin número de batallas que han impreso en su mente un legado de experiencia con el que hacer frente al enemigo<sup>11</sup> y una estela de honradez, de austeridad, de coherencia, de firmeza, en suma, de virtud y valor en su ánimo, que enaltece como las mejores garantías para el cumplimiento de su misión y de que será la gloria, personal y de Roma, la finalidad de la misma. La huella, con todo, no acaba ahí, sino que tanto riesgo y tanta humillación, tanto peligro y tanta rabia, han estirado la metamorfosis de su ética hasta su conciencia, cincelandó allí la idea de que es “una y común la naturaleza que posee todo el mundo, y así el más valiente es el que mejor linaje posee”<sup>12</sup>. Y sobre el altar de dicha convicción se han asentado el denuedo de su crítica a quienes pretenden “arrebatar su recompensa a los honestos”<sup>13</sup> y el impulso a no callarla: “no sea que alguien interprete mi modestia como mala conciencia”<sup>14</sup>. La protesta del ofendido contra el orgulloso es ya la declaración y el señalamiento públicos del límite que el primero –y sus partidarios, apunta con esperanza– está dispuesto a aceptar, rebasado en tantas ocasiones como para devenir en costumbre en su rival, al que por ello ha fijado como objeto de su venganza. Lo extraordinario de la misma no es la violencia que despliega a fin de darle curso, sino la que no despliega, vale decir, el haber recurrido para ejecutarla no a las armas, sino al mismo numen que elevó a sus ascendientes a la categoría de semidioses: el mérito.

Mario no alberga duda alguna: si está donde está, en el ápice político del consulado, es por algo, y ese algo son sus méritos. El mérito es tan genuino que no se puede copiar y tan evidente que se reconoce por sí mismo; de ahí que en el supuesto de que “los padres de Albino y de Bestia” pudieran elegir a sus hijos habrían optado antes por Mario, afirma este orgullosamente, que por los suyos; habrían renegado sin más de quienes conservan la ambición, pero han rechazado la espada sustituyéndola por palabras, de quienes han sepultado el honor en la tumba de sus infamias. Y ello se muestra especialmente valioso ahora, cuando lo que abunda es justo lo opuesto: nobles refugiados en la cobardía y bajo la sombra de otros para decidir; en las pasiones para odiar a quien su sola presencia es su denuncia, y en la reliquia de la cultura para fingirse algo hoy, ocultos tras el espejo de su historia a fin de desprestigiar al héroe moderno, surgido en el vacío histórico legado por una acción de la que sólo queda su propia tradición. El mérito, además, es tan orgulloso que no se deja heredar y tan poderoso que el futuro se le ofrece tan ritualmente como una virgen a su dios. No existe otra fuerza política capaz de rivalizar con él a la hora de otorgar legitimidad al actor que lo esgrime. Mario lo sabe, y por eso se aupó desde siempre a ese corcel de raza que recorre la vida pública distribuyendo títulos y recompensas, prestigio y legitimidad a quien lo cabalga.

El mérito, por otra parte, guardaba en el arcón de su actual existencia un secreto en grado al fin de propalarse, un poder de brujo susceptible de alterar el *tempo* del desarrollo de la acción en la novela de la historia. Ya al adivinar el resultado de la

<sup>10</sup> 85.14-15, 41-43.

<sup>11</sup> “Me habéis asignado la dirección de la guerra contra Jugurta...” (85.10).

<sup>12</sup> 85.15.

<sup>13</sup> 85.42.

<sup>14</sup> 85.26.

elección de los padres de Albino y Bestia vimos cómo el sortilegio devenía en episodio de la ciencia. El conjuro prosigue cuando en el punto final de su crítica a la pseudonobleza hoy vigente Mario exclama: “Y si su desprecio hacia mí tiene alguna base, que hagan lo mismo con sus antepasados, cuya nobleza, *igual que la mía*, tuvo su *origen* en el mérito”<sup>15</sup>. Al fundir el “origen” del poder con su naturaleza legítima, al transformar a la nobleza en su depositaria natural, convierte a ésta, a sus acciones, en el punto de referencia normativo del devenir de la Urbe y sus *exempla* en el destino moral que desde entonces asocia a su política, en la ideología jurídica que históricamente define la identidad de Roma: en su gloria. Al fundar la legitimidad del poder en el mérito interrumpe el curso de la historia política romana y destruye el hecho, y su derecho, de la aristocracia como clase para recomponerla como agregado de individuos dignos de ejercerlo. Al considerar el poder legítimo tan solo desde el punto de vista de la legitimidad, interrumpe el curso político de la historia familiar de la nobleza confiriéndole una existencia meramente biológica: la de agregados de padres e hijos, como la de una especie natural o social más.

Prosigue y rubrica Mario: “Tienen envidia del puesto que he obtenido; pues que la tengan también contra mi esfuerzo, mi integridad y los peligros que he pasado, puesto que gracias a ello he obtenido aquél”<sup>16</sup>. Si la nobleza de prosapia no quiere incurrir en la contradicción y la desvergüenza de odiar en Mario aquello de lo que presume y se jacta en los suyos, ahí tiene el recuerdo y el compendio de lo que ha perdido y debe esforzarse por recuperar: los caminos que conducen al mérito, es decir, el “esfuerzo” y la “integridad”, y la fragua en la que semejante hierro forja las sucesivas y diferentes acciones: “los peligros”. Quiso despreciar al hombre salido de la nada sin percibir que en esa nada echa raíces el *nuevo noble*, y que en él se recomponía la unidad moral del sujeto individual y la temporal de la sociedad, que cancelaba la sima entre su teoría y su práctica, bien que lejos de la sofisticación cultural, *griega*, del patricio de hoy.

Ese sujeto, insistimos, ahora escindido entre gloria y cobardía, que ha desvinculado su tradición de su presente, es la ceniza que despide la forja del hombre que parte de cero, esto es, de sí mismo, que se jacta de hechos propios y no ajenos, que nutre su espíritu de hazañas en lugar de músicas o versos; del hombre que, al hacer eso, no sólo mantiene su integridad personal en su unidad moral, sino que la funda en el mérito, en la acción gloriosa individual, que deviene así en el punto de fuga histórico en el que el pasado vuelve a reconstruirse y perpetuarse en el presente, en el que la nobleza de prosapia se regenera a sí misma desde su anterior negación, en la parábola trazada por el tiempo para que Roma reviva su antigua y glorificada identidad. Al rebelarse contra quienes creían humillarlo Mario pensaba básicamente en demostrar la legitimidad de su elección, que era, por añadidura, la legitimidad como sujeto político de la plebe, su elector. Ignoraba el significado profundo de su lucha contra el enemigo interno y por lo tanto también la consecuencia de su victoria: que sus méritos, la base de su elección, constituían además el puente por el que la historia política romana recuperaba la perdida unidad a manos de los herederos de un poder que nunca se deja heredar. El hombre *salido de la nada* tenía por tanto el origen aristocrático de la familia nobiliaria genuina tras él y esa épica que sus palabras (y a veces sus actos) tanto engrandecerían: la tradición de gloria de su Patria.

---

<sup>15</sup> Quod si iure me despiciunt, faciant item maioribus suis, quibus, uti mihi, ex virtute nobilitas coepit, 85.17 (cursivas nuestras).

<sup>16</sup> Invident honori meo: ergo invideant labori, innocentiae, periculis etiam meis, quoniam per haec illum cepi, 85.18.

LA ACCIÓN DEL *HOMO NOVUS*. La acción es el campo de la actividad humana en el que el *homo novus* se desenvuelve con mayor soltura, y mejor aún en el escenario militar que en el político. En aquél es un artista consumado, que domina todos los recursos y todas las técnicas, predicándolos con el ejemplo. En su currículum, la maestría en hacer frente al enemigo se prolonga con las labores a desarrollar en el campamento, abarca el honor como principio de su acción y se completa en la capacidad de llevar el cuerpo hasta sus límites a su antojo; no importa pues que sea invierno o verano, el vigor o la fatiga del momento, que el suelo sea su lecho si ha de dormir: los contrarios parecen pugnar por neutralizarse entre sí y otorgar el mismo poder a su voluntad que si obrara en las condiciones ideales; por extrema que sea el hambre o la sed su cuerpo habrá comido o habrá bebido.

Y, lógicamente, predicando con el ejemplo se tratará a sí mismo como tratará a los demás, será un igual entre desiguales, repartirá con equidistancia las cargas y sus galones no le apartarán del deber de cumplirlas, como tampoco le impulsarán a monopolizar un éxito que es colectivo: el respeto al ciudadano-soldado se manifiesta así<sup>17</sup>.

La reactivación del mundo de la virtud en el campo de la política y su traslado al ámbito castrense no se detiene ahí. “La avaricia, la incompetencia y la arrogancia”, que tanto daño ocasionan en la escena pública, desapareciendo de allí, desaparecen del todo, y sus males son barridos con sus causas gracias a la omnipresencia pública del *homo novus*. De hecho, es la generalización de la nueva moralidad, la inyección ética que ahora se pone en el entero cuerpo social, el principal agente al que se recurre en la solución de los problemas técnicos que lastran la eficiencia del ejército romano. Devolver la república al corazón de los ciudadanos romanos, el santuario del que nunca debió salir pero del que fue expulsada con violencia por la corrupción de su clase dirigente, se yergue como la principal barrera contra la expansión del mal y, junto a la humanización antevista<sup>18</sup> en el trato que el general mantiene ahora con la tropa, en el otro definitivo remedio.

Hasta tal punto Mario divide el cuerpo espiritual de Roma en tantas porciones como soldados hay en su ejército, que incluso cuando les estimula al combate con los aguijones usualmente más poderosos en la tropa, como “la victoria, el botín, la gloria”, la república no deja de hacerse visible ante ellos. Los beneficios materiales del botín, secreto quizá de un mayor bienestar futuro, aparecen en primera línea junto a los más espirituales y desde luego en circunstancias habituales no habrán de quedar atrás. No obstante, el soldado, que antes es ciudadano, debe igualmente imprimir en su conciencia la jerarquía de bienes y no olvidarlos ni siquiera en el campo de batalla, jerarquía que queda plasmada en el bronce de las palabras siguientes, pronunciadas justo a continuación de las recién citadas: “Incluso si estas cosas fuesen dudosas o estuviesen lejos, todos los hombres honestos deberían venir en defensa de la república”<sup>19</sup>.

Así pues, soldados que cuentan como sujetos para su general, un general que cuenta como un igual superior para los soldados, una república que los cuenta a todos como hijos suyos y unos ciudadanos que cuentan a la república como su *patria*; y todo ello al tiempo que uno y otros aspiran a satisfacer sus particulares intereses mientras

---

<sup>17</sup> 85.34.

<sup>18</sup> “Yo estaré junto a vosotros en la marcha o el combate como guía y aliado a un tiempo del peligro, y en todos los asuntos me conduciré en lo que a mí y a vosotros concierne de igual manera” (Egomet in agmine [a]jut in proelio consultor idem et socius periculi vobiscum adero, meque vosque in omnibus rebus iuxta geram), 85.47.

<sup>19</sup> Et profecto dis iuvantibus omnia matura sunt: victoria, praeda, laus. Quae si dubia aut procul essent, tamen omnis bonos rei publicae subvenire decebat, 85.48.

realizan sus actividades correspondientes. La milicia, pese al diverso orden que exige desde un punto de vista técnico, parece en cierto sentido un trasunto de la organización política de la república: de una república que ha vuelto a izar su bandera en el corazón de sus ciudadanos.

EPÍLOGO: LOS LÍMITES DEL ARTE POLÍTICO. Al insistir anteriormente en la complejidad inmanente de la política debida a su connatural ambigüedad, a las tensiones o conflictos regularmente derivados de la competición de intereses y valores, o incluso a los dilemas que debe resolver y no siempre logra, pusimos de relieve su condición de arte, en un sentido totalmente distinto de la *techné* platónica o, también, de la aristotélica. Ello quedaba celosamente registrado en la arenga de Mario a sus electores, orientada casi por entero a justificar su legitimidad pese a su condición de *homo novus*, y completada con el esquema de las líneas maestras de su acción militar y política; en el trayecto nos salía al paso la paradoja de que el núcleo en el que cifraba la legitimidad descontada, el mérito, le vinculaba irremisiblemente a lo mejor del pasado de Roma, a esa aristocracia cuyas acciones habían servido secularmente de *exempla* y que por ello lo nombraban su legítimo heredero. El mérito de la nobleza antigua y el de la nueva nobleza era uno y el mismo, lo que equivalía a decir que sólo había una única y genuina nobleza.

Y al hablar de uno de esos dilemas constitutivos de la política que no siempre consigue resolver lo ejemplificamos con el caso de la guerra a la que se acude como posible fuente de bienestar, que convierte al enemigo en institución y por tanto a la paz en el enemigo por excelencia contra el que no cabe tregua alguna. En situación semejante ni siquiera se apelará a la necesidad para empuñar las armas, sino que cualquier circunstancia brindará una ocasión para guerrear y cualquier ocasión una excusa. La codicia se bastará por sí sola para suplantar en la conciencia del ciudadano la defensa del honor, la reparación de ofensas o agravios, el recuerdo de una derrota humillante, la preservación del imperio, etc., y remplazando todo ello por el afán de acumular más de lo que se posee o se necesita le inducirá a tomar las armas e invadir el territorio de la paz hasta lograr esclavizarla.

La promesa dorada del botín presente en la alocución de Mario podría llegar a producir un efecto semejante en el ciudadano romano en lo tocante a la acción exterior. Mas en el interior era probablemente peor todavía. Nada hemos dicho al respecto, pero cuando la justificación de la propia legitimidad pasa por borrar la ajena, por convertir a quienes intentan humillar a quien personifica lo nuevo en un mal absoluto y a cada miembro de la antigua aristocracia en un sarcasmo humano, el maniqueísmo se ha apoderado de la lengua, vale decir, de la conciencia del nuevo noble y el conflicto, una vez asegurado, sólo tendrá fin con la desaparición de una de las partes. Ni el diálogo, ni la negociación, ni el reconocimiento ni, menos, el perdón aprenderán a sobrevivir en el insaciable campo de batalla en que se acaba de convertir la sociedad, y será la guerra (civil) quien decida qué bando tiene razón. La causa perfecta no existe; el mal ideal, tampoco. Quien se proclama juez y condena el crimen por su propia cuenta es sólo una parte, y su intención de castigar el primero de los suyos. El dios que rechaza con todo su desprecio el mosaico de actividades en el que se desgranaban las vidas de quienes juzga enemigos no sólo rechaza una pluralidad de nuevas formas culturales que quizá tengan una razón de ser que se oculta a su sesgada inteligencia; es un dios que presume de no haber sido demonio justo mientras escenifica la rabia que ha mordido su alma en el furor que se hace propaganda en el deseo de venganza. Cicerón, como vimos, demostró que la necesidad puede hacer cambiar las preferencias de aquellos a quienes su historia personal les había hipotecado en el desprecio de lo nuevo, una satisfacción que la actitud de un Mario, que les condenaba a hundirse en

el lodazal de su orgulloso desprecio, jamás habría llegado a experimentar. Cuando dicha deidad decide convertirse en verdugo de la historia ignora que acaba de dar vida al monstruo del despotismo y que pronto tomará forma en su persona: en la sociedad que gobierne, si para resolver sus problemas (externos o, más aún, internos) se acude a la guerra y ésta se vuelve necesidad, *modus vivendi*, o bien el enfrentamiento suicida, el exterminio, es la solución, la paz habrá caído definitivamente derrotada ante la violencia y la política habrá dejado de ser arte.